

COLECCIÓN INGENIEROS EMPRESARIOS PARA LA HISTORIA - TOMO I

A full-length portrait of Juan-Miguel Villar Mir, an elderly man with grey hair, wearing a dark suit, light blue shirt, and dark tie. He is holding a large sheet of paper, possibly architectural plans, in front of him. The background is a light, neutral color with faint architectural drawings visible at the bottom.

Juan-Miguel Villar Mir, personalidad universal

*Ingeniero, empresario,
abogado, catedrático,
académico, político,
humanista y mecenas*

ANTONIO PAPELL

Prólogo de

LUIS MARÍA ANSON

DEUSTO

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Prólogo	
Capítulo 1. El hombre universal	
Capítulo 2. La personalidad de Juan-Miguel Villar Mir	
Capítulo 3. El servidor público	
Capítulo 4. Vicepresidente económico del Gobierno	
Capítulo 5. Presidente del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos	
Capítulo 6. La Cátedra. Premios y condecoraciones. La acción social. El deporte	
Capítulo 7. Discursos académicos de Juan-Miguel Villar Mir	
Capítulo 8. Villar Mir, la innovación y el liderazgo	
Capítulo 9. El ejecutivo salvador de empresas	
Capítulo 10. Empresario por cuenta propia	
Epílogo	
Notas-Bibliografía	
Cronología de Juan-Miguel Villar Mir	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En este libro, Antonio Papell recorre minuciosamente la vida y obra de Juan-Miguel Villar Mir desde los distintos aspectos que configuran su polifacética personalidad, dando así, una visión integral del protagonista de esta historia, una historia real que tiene como escenario la España de los últimos ochenta años.

El lector conocerá la personalidad de este individuo universal de valores esenciales, que supo adaptarse al momento histórico que le ha tocado vivir. Un hombre íntegro que, en palabras del académico Luis María Anson, lo tiene todo y, al servicio de España, lo ha dado todo.

COLECCIÓN INGENIEROS EMPRESARIOS PARA LA
HISTORIA - TOMO 1

Juan-Miguel Villar Mir, personalidad universal

Ingeniero, empresario, abogado, catedrático, académico, político, humanista y mecenas.

Antonio Papell

Prólogo de Luis María Anson



Prólogo

Es moderado y prudente, flexible y negociador, implacable e impávido. Es el español más inteligente de su generación. Es profundamente espiritual, siempre discreto, siempre amigo de la concordia y la conciliación. Es la devoción por la familia, la solidez del hogar. Es a veces de hierro, a veces de seda. Es académico de intensa actividad intelectual. Es el arquitecto de almas, ingeniero de grandiosos proyectos siempre mirando al futuro. Es el triunfador sin altiveces ni desmayos. Es el hombre sencillo, ajeno a las presunciones estériles. Es la buena educación permanente. Es severo consigo mismo, exigente hasta la médula, inexorable en el juicio, erizante en el trabajo nuestro de cada día. Es la amabilidad con los débiles, la mano tendida en apoyo de los desfavorecidos... Es la fortaleza ante los prepotentes y podría decirse de él con Jorge Manrique: «Qué amigo de sus amigos, qué señor para criados y parientes, qué enemigo de enemigos... cuán benigno a los *subjects* y a los bravos y dañosos un león». Es el jurista riguroso, el catedrático sabio. Es el empresario que todo lo abarca, el anticipador del mundo digital y la globalización. Es el hombre público que entiende la política como atención al interés general. Es la lealtad sin fisuras al Rey. Es el enamorado de España. Así es, en fin, Juan-Miguel Villar Mir. El que le conoce lo sabe.

Empresario de espaldas catedralicias, orejas indulgentes, andares de cirio pascual y voz gregoriana, la frente vigorosa y alerta, «donde flota un confeso aleteo de águilas», Villar Mir exigiría la pluma de Juan Marsé, el mejor escritor español actual, para retratarle de palabra y de obra en una docena de líneas. Antonio Papell, que no desmerece a na-

die, ha escrito una espléndida biografía de Juan-Miguel Villar Mir. No sé si será verdad que el empresario biografiado, al preocuparse por un empleado que padecía de insomnio, afirmó piadosamente desde el cinismo: «No miente. Su insomnio es tan grave que ni siquiera se duerme durante las horas de oficina».

Tal vez esta historia que cuentan no sea verdad, porque Villar Mir, ni siquiera dentro de cien años, cuando esté a punto de morir, se permitiría desvelar su pensamiento profundo como sí lo hizo Lope de Vega: «Ahora que me muero voy a decirlo de una vez: Dante me pone enfermo».

Un gran periódico europeo robustece su cabecera con esta cita de Pierre-Augustin de Beaumarchais en *Las bodas de Fígaro*: «*Sans la liberté de blâmer, il n'est point d'éloge flatteur*». Sin la libertad de criticar, ningún elogio tiene eficacia. Juan-Miguel Villar Mir siempre ha sabido aceptar la crítica libre. Esa posición robustece, por cierto, la biografía escrita por Antonio Papell, que ha puesto, con total independencia, un espejo delante de la vida y la obra del gran ingeniero, del empresario que no cede ni en prestigio ni en éxito ante los más grandes de nuestra historia contemporánea: Xifré, Salamanca, March, Guadalhorce, Botín, Arces, Barreiros, Fainé, Amancio Ortega... Preocupado siempre por innovar, desde la renovación de los puertos a la reforma fiscal de 1976, desde la audacia tecnológica en la empresa hasta la acción social generosa, Villar Mir es el Midas del triunfo y ha convertido en éxito todo cuanto ha tocado.

En medio del materialismo feroz de la época que le ha correspondido vivir, lo que distingue al empresario es su intensa vida espiritual, su religiosidad sin aspavientos, su permanente dedicación a la familia. Sobre esos valores esenciales, el ingeniero ha sabido construir un imperio en el que medio centenar de empresas internacionales han dado trabajo a muchos millares de mujeres y de hombres y han robustecido la imagen de España en el mundo. Desde hace cincuenta años, Villar Mir es uno de los líderes destacados

de la actividad empresarial española. Incluso sus detractores, que los tiene y son en ocasiones despiadados e implacables, reconocen su visión empresarial, su capacidad de trabajo, su audacia emprendedora.

Antonio Papell recorre minuciosamente en este libro la actividad del biografiado, su formación en el colegio del Pilar; sus estudios universitarios; siempre el número uno sin alardes y sin molestar; su larga docencia en las alturas; sus incontables premios; sus discursos de ingreso en diversas academias; sus condecoraciones; su título nobiliario; sus fundaciones, sobre todo la Villar Mir, que presta especial atención al mundo de la cultura; sus viajes por los cinco continentes, abriendo mercados y cerrando acuerdos de máximo relieve; su presidencia de varias fundaciones ajenas, entre las que destaca la Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, considerada la más relevante de Europa, desde el punto de vista intelectual.

Papell dedica incluso unas páginas a la atención que el empresario presta al deporte, con dedicación al fútbol, al golf y a la náutica. Un personajillo ruin y mediocre le cerró, a base de trampas, el acceso a la presidencia del Real Madrid, el club que contribuyó a engrandecer. Finalmente, el biógrafo destaca su fecunda actividad política como ministro de Hacienda y vicepresidente del Gobierno en la monarquía de todos encarnada por Juan Carlos I. Cuatro han sido los grandes reinados de la historia de España: los de Carlos I, Felipe II, Carlos III y Juan Carlos I. El rey de la Transición, el hijo de Juan III, el nieto de Alfonso XIII, escuchó siempre con especial atención la palabra y el consejo de Villar Mir, que ha extendido después su experiencia a Felipe VI.

Tuve ocasión hace algunos años de presentar, ante un público copioso y exigente, un libro biográfico anterior, excelente, por cierto, de Miguel Ángel Ximénez de Embún. Y me complace redactar hoy estas palabras preliminares como prólogo a la gran obra que Antonio Papell ha escrito

desde la independencia intelectual, amueblando todo el edificio biográfico con un trabajo de exhaustiva investigación. Al concluir el libro que el lector tiene entre las manos, en fin, queda una idea cabal de la significación histórica de Juan-Miguel Villar Mir, el hombre íntegro que lo tiene todo y que, al servicio de España, lo ha dado todo.

Luis María Anson

de la Real Academia de la Lengua Española

CAPÍTULO 1

El hombre universal

Juan-Miguel Villar Mir es una de las figuras españolas más relevantes del siglo xx, que ha entrado con gran ímpetu y vitalidad en el siglo xxi. Ingeniero de caminos, canales y puertos —este es, sin duda, el rasgo más profundo y elocuente de su personalidad—, ha elaborado sobre la base de esta, su primera profesión, una profusa y multifacética diversidad humanista, en la que se ha distinguido singularmente en todas las facetas que ha pulsado. Su lema ha sido que todo en esta vida es posible, siempre que se le dedique el esfuerzo necesario. Y dentro del ámbito de las capacidades humanas, llegando incluso en ocasiones a rozar los límites, su axioma se ha visto sistemáticamente confirmado. Ha hecho muchas cosas y todo lo que ha hecho lo ha hecho bien, con un permanente espíritu de superación.

Toda persona es una nación, se dice en el *Ulises* de Joyce. Y, en verdad, Villar Mir es una nación populosa, repleta de facetas singulares que forman un paisaje armónico, pero que asombran por su diversidad. Ortega dejó escrito que: «El ingeniero que no es más que ingeniero no es ni siquiera ingeniero»; y Juan-Miguel, ciertamente, ha rodeado sus habilidades ingenieriles de un halo de humanismo polifacético que recalcó su intrínseca condición de ingeniero, expandiéndola e irradiándola.

Estudiante extraordinario, batió todas las marcas, fue el titulado más joven de la historia de la ingeniería de caminos mientras hubo exámenes de ingreso, obtuvo las máximas calificaciones y, sin embargo, fue un joven rebosante de normalidad y plenamente integrado en su entorno, sin la menor brizna del engruimiento que a menudo marca a

los números uno. Y, a la vez, estudió Derecho, puede que a ratos perdidos, consciente de que su vocación, todavía no perfilada del todo, se beneficiaría de su bagaje jurídico, que nunca es superfluo. Durante aquella fase de aprendizaje no dejó de trabajar para ayudar a costearse los estudios: ya destacado matemático, dio clases particulares y fue corrector de problemas de alta matemática y mecánica.

Se inicia en la empresa privada, donde ya destaca, pero, funcionario público nato en razón de la carrera, elige en unos primeros años el servicio al Estado. Sobresale pronto y escala sus primeras cumbres administrativas: subdirector general de Puertos y Señales Marítimas, y en aquella función agranda el cometido del cargo, que no se limita a realizar las obras portuarias, sino también a gestionar los puertos; encabeza después la Dirección General de Empleo, donde introduce el criterio de flexibilidad, inédito por aquel entonces, para que los empresarios puedan acomodar la oferta a la demanda, algo lógico en un modelo de economía de mercado. No han sido aquellos destinos burocráticos ni vulgares: en todos ellos, Juan-Miguel ha dejado una impronta de renovación y brillantez. Y mientras tanto desarrolla su vocación docente, que trata de proteger un flanco descubierto de su propia carrera: se orienta hacia la administración de empresas, disciplina compleja que habrá de manejar el ingeniero que quiera ser, además, gestor y empresario. Y obtiene por oposición sucesivamente las dos cátedras, la primera en la Escuela de Ayudantes de Obras Públicas, hoy Ingenieros Civiles; la segunda, en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, donde sigue la estela de uno de sus más queridos maestros, José María Aguirre Gonzalo.

El destino y su brillantez le vincularon relativamente pronto al mundo de la empresa. La primera gran oferta, envenenada, que recibió a los 36 años de un colega, consistió en reflotar una gran empresa química hundida, y la sacó a flote. A los dos años, con solo 38 años de edad, presidía la

compañía industrial más importante de España, Altos Hornos de Vizcaya, hasta que la política de altos vuelos se cruzó en su camino. Y aunque con anterioridad había conseguido eludir encargos similares, no pudo rechazar la invitación de la Corona, a su llegada a la jefatura del Estado, para responsabilizarse de la Economía, en momentos muy críticos para España, en que había que conjugar un cambio de régimen con una gravísima crisis económica que nadie, aquí dentro, se había ocupado de abordar.

Hegel habla del «individuo universal»: el personaje que alcanza la sintonía con el mundo propio y con la época histórica en el momento y el lugar oportunos. En aquella encrucijada, Juan-Miguel ocupa ese lugar privilegiado: acude a la llamada con patriótico entusiasmo; asume la impopularidad que le toca y avisa gallardamente de que si no se pone coto a la hemorragia, la democratización del país se frustrará por el aliviadero de la economía; participa en las decisiones más importantes que corresponden a aquel Gobierno: libertad sindical, autorización de los partidos políticos y puesta en marcha de un modelo de economía de mercado; toma las riendas del proceso económico y —lo que es más importante— da por escrito la receta de la modernización: al marcharse de la vicepresidencia del Gobierno unos meses después, deja como legado el *Libro blanco de la reforma fiscal* que sus epígonos respetan y siguen, pero que solo a partir de Francisco Fernández Ordóñez y a lo largo de diez años, acabarán poniendo en pie.

Vuelto de la política ya para siempre, Juan-Miguel emprenderá sin rodeos el rumbo empresarial, aunque sin abandonar la docencia, hasta su jubilación. Y en un cierto momento, ya en la cincuentena, tomará la decisión trascendental de ser empresario para sí mismo, por cuenta propia. Tal designio, sin poseer bienes propios de fortuna, le obliga a comprar a precio simbólico empresas en dificultades para reflotarlas. Por este procedimiento, Villar Mir consigue levantar un gran emporio también multidisciplinar. Su grupo

cuenta con grandes divisiones en Construcción y Concesiones, en Electrometalurgia, en Fertilizantes y Química Básica, en Inmobiliaria y en Energía.

Con un tesón a toda prueba, con inmensa capacidad de trabajo y dispuesto a enfrentarse a cualquier dificultad, Villar Mir ha hecho grandes todas las iniciativas que ha emprendido. Podría decir, como Walt Whitman, «No soy más que el hombre que riega las raíces de todo lo que crece». Y ha formado un vergel, que ha contribuido grandemente al gran salto hacia delante de este país en esos cuarenta años de democracia que culminan este 2018.

Se atribuye a Napoleón aquello de que «es el triunfo el que crea al gran hombre». En este caso, el gran hombre, cargado de valores positivos y de una laboriosidad infatigable, antecede al triunfo. Porque Villar Mir ha sido siempre un liberal independiente que, con su ejemplo, ha expandido un modelo empresarial exitoso y ejemplar. Ejemplar porque, aunque lógicamente empeñado en la conquista de la productividad, que es la única vía de sacar adelante las empresas y de generar prosperidad en torno, ha practicado un capitalismo con rostro humano, preocupado por los equipos que le han acompañado en esta gran aventura empresarial. Las organizaciones sindicales pueden certificar esta evidencia.

Villar Mir ha sido un hombre de principios, con una religiosidad explícita y discreta que, seguramente, le ha guiado en las procelas y borrascas más intensas. Celoso de su independencia personal y profesional, ha buscado el bien común sin comprometerse con opciones partidistas o secretarias. Muy apegado a sus lazos familiares, ha hecho de su propia vida un ejercicio constante de aprendizaje. Es admirable que, después de una tan dilatadísima carrera, haya sido precisamente él quien ha ilustrado a sus compañeros ingenieros sobre las nuevas tecnologías y su colaboración ha sido habitual y medular en las sucesivas ediciones del Foro Global que los ingenieros de caminos celebran anualmente

en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, incluidas las más recientes dedicadas a la digitalización. Hoy, con 87 años, sigue plenamente activo, controlando directa o indirectamente sus empresas, y se halla todavía al frente de la innovación, en una actitud que ha sido su constante en la vida.

Ha brillado en todo y lo ha hecho con extrema sencillez. «Para mí —escribió Karl Popper—, buscar la sencillez y la claridad es un deber moral de todos los intelectuales: la falta de claridad es un pecado y la presunción, un crimen». Juan-Miguel Villar Mir sigue esta estela, en lo alto de una gran biografía profesional que este libro trata de compendiar.

El desarrollo vital de Juan-Miguel es sorprendente: llega temprano a todas partes, con una precocidad admirable, y sin embargo se convierte en empresario de sí mismo, en emprendedor por cuenta propia, tardíamente. La cronología habla por sí sola:

Récords de edad temprana

- Bachillerato y Reválida con 16 años (nacido el 30 de septiembre de 1931, es el más joven de los ciento sesenta alumnos del Pilar; si hubiera nacido un día después, hubiera debido matricularse un año más tarde).
- Ingreso en la Escuela de Caminos con 18 años (junio de 1950); la otra gran lumbrera de la profesión, Leopoldo Calvo-Sotelo, ingresa con 20 años). El plazo medio para ingresar es de 5,6 años.
- Ingeniero de caminos, canales y puertos con 23 años.
- Licenciado en Derecho con 24 años.
- Subdirector general de Puertos y Señales Marítimas con 30 años (julio de 1962).
- Director general de Empleo con 33 años (diciembre de 1964).